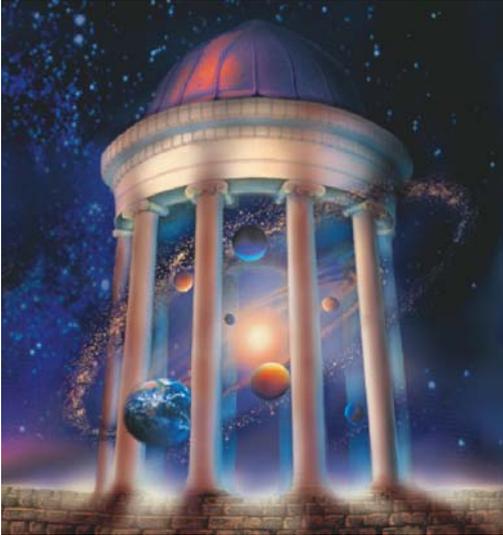


## 2007, UN AÑO DE ESPERANZA Y DE SORPRESA

Por Gonzalo Pérez



Hace 2500 años un griego, Demócrito, se preguntó por la composición básica de la materia, e intuyó correctamente que, en un nivel inconcebiblemente pequeño, la materia está constituida de unidades a las que puso el nombre de átomos. Átomo quiere decir “algo que no se puede dividir”. Nuestra imagen de lo material, incluyendo a nuestros propios cuerpos, permanece todavía la misma; seguimos pensando en lo que hay, en lo que llamamos realidad, como cosa compuesta por invisibles ladrillitos compactos.

La física, cuando dio su salto cuántico, descubrió algo muy diferente, pues adentro del átomo no encontró masa, sino espacio. Las partículas subatómicas, infinitesimales, giran a toda velocidad en inmensos espacios aparentemente vacíos, pero vibrantes de energía e información. De hecho, se ha calculado que si comprimiéramos la materia de nuestro cuerpo sin dejar vacíos subatómicos, su volumen sería comparable al de una mota de polvo. Constatamos con ello que las tradiciones místicas, por milenios describiéndonos como vibración, no estaban usando metáforas.

Pero los humanos somos lentos para cambiar de idea. Seguimos imaginando el cuerpo como si fuera una cosa, una estupenda máquina, aunque tengamos ya noticia que ni siquiera las cosas son exactamente cosas. Sabemos hoy que el cuerpo palpitante que habitamos se parece más a una galaxia: campos unificados de energía, constantes procesos de morir y renacer, centros de poder y de luz. Un ecosistema de delicados equilibrios y evolución, donde por supuesto el todo es mucho más que la suma de las partes.

No sorprende entonces que la nave espacial Tierra, desplazándose por el espacio sideral en apariencia vacío, esté en verdad atravesando campos de diversas energías, océanos de ondas y pulsación. Su trayectoria estelar la va alineando con vectores de poder, contactándola con fuerzas sutiles, en recepción de nueva información cósmica. El audaz intento colectivo de investigar las coordenadas de navegación de nuestra nave madre, las características energéticas de los campos que atraviesa, y su coincidir con la experiencia vivida por los tripulantes, ha dado origen al saber antiguo llamado astrología.

Cuando va a nacer un nuevo año, podemos enfocar los lentes simbólicos de la astrología a la geometría astronómica de planetas, lunaciones y eclipses, para intuir y presentir las mareas humanas. Un acto que es rito de reconexión con el cosmos; un acto ancestral que nos recuerda nuestro lugar en un inmenso fluir donde nada ocurre por casualidad.

El 2007 se presenta al lente arquetípico como un año de excepcional inspiración creativa y esperanza en medio del desencanto y escepticismo generalizados en las décadas finales de la Era de Piscis. Algunos lo vivirán completamente vueltos al pasado, añorando épocas de certeza y entusiasmo, otros ya estarán exaltados con radiantes perspectivas futuras. Casi todos pasaremos vertiginosamente de un estado al otro, alternando inseguridad y fe, desorientación y confianza.

Saturno, Señor de los Anillos, completará su paso disciplinario de dos años por el signo de Leo. La vivencia de león enjaulado, intensa en el 2006, seguirá atormentando a muchos con lecciones provenientes del inexorable mundo material; particularmente expuestos estarán los nacidos entre 1949 y 1960. Pero todos aprenderemos de la pedagogía severa de este maestro, que capacita para ser verdaderamente útil y madurar hasta la capacidad de realizarse. En Leo, arquetipo de gozosa autoexpresión, Saturno poda los excesos egocéntricos que oscurecen con arrogancia y delirios de superioridad el resplandor genuino de la individualidad.

Saturno, el Maléfico Mayor, como fue bautizado por el sensacionalismo determinista del pasado, continuará su secuencia de oposiciones a Neptuno, en una alineación de gigantes que desafía a fondo nuestras creencias espirituales. Neptuno es un arquetipo de sublime sensibilidad; Saturno se vuelve con él un abogado del diablo, cuestionando implacablemente el ensueño e idealismo con que el alma ingenua intenta alcanzar lo absoluto. Cada uno de nosotros está enfrentando esta prueba de la vida en mil diversas situaciones. ¿En qué creemos realmente? ¿Tenemos una creencia espiritual pero vivimos la vida diaria en un materialismo sin fe? ¿Funciona nuestra convicción espiritualista a la hora del dinero, la enfermedad o el obstáculo? ¿Estamos repitiendo doctrinas ajenas o nos fundamos honestamente en la propia experiencia? ¿Imaginamos acaso que por sostener una versión particular del gran misterio de la existencia poseemos la verdad, o por pertenecer a un cierto grupo tenemos privilegios especiales? Más que nada, ¿creer lo que creemos, o lo que no creemos, nutre concretamente nuestro vivir y lo abre con ganas a la compasión, el servicio y el contento?

El maestro interno, activado por el planeta gris, no nos deja soñar con un Dios que conceda todos nuestros deseos. Tampoco, con un amor de ilusión que nos rescate de la negatividad. Ni siquiera nos deja soñar tranquilos con un mundo indiferente, de pesadilla, donde nadie ama y nada es sagrado. Con rigor

pragmático, hace dudar de toda construcción mental, a favor o en contra, y empuja a aterrizar en la carne propia. Porque sólo la experiencia genuina, recibida desde el silencio de la mente, se ilumina con el poder del ahora. Entonces, la conciencia y el amor llenan el corazón con naturalidad.

El año 2006 tuvo el sello de la cuadratura de Júpiter a Saturno, correspondiente a fuertes tensiones políticas locales e internacionales; conflictos de poder en lo público y lo privado, demoras y adversidad para todo tipo de proyectos. En el 2007, los mismos planetas avanzan a un muy favorable trino, indicando resolución positiva para la mayoría de estas tensiones.

Saturno, por su parte, hará también trino con el controvertido Plutón. Cuando ambos planetas se encuentran en relación axial (conjunción, cuadratura u oposición) tienden a ocurrir explosiones de extrema violencia masiva y destrucción de estructuras, como sucedió con horrible exactitud en el estallar de ambas guerras mundiales o el atentado a las Torres Gemelas –con Saturno ubicado precisamente en Géminis. El trino, en cambio, permite esperar un año en que prosperen esfuerzos hacia la paz y el entendimiento, con la oportunidad de consolidar con sabiduría las transformaciones detonadas por aquella catástrofe. Esta oportunidad no sólo se ofrece en el ámbito mundial, sino también en las vidas personales, donde distintos cataclismos han generado igual transformación.

Pero, sin duda, es el expansivo Júpiter –el Benéfico Mayor para la exageración pretérita- el planeta que dará la tónica del 2007. Viajará por el signo de Sagitario, su reino arquetípico, activando la vibración de optimismo y aventura que ha hecho famoso a este signo de ardor y carcajada. Parte de la compleja sinfonía del año será, afortunadamente, esta sensación épica de galopar jubiloso hacia un futuro lleno de promesa. En su olímpico galope, Júpiter hará contacto con Urano, contacto que dura pocos meses y siempre enciende chispas de creatividad, liberación y sorpresa. Esas chispas cambian la historia, como en la conjunción de 1609, cuando Kepler y Galileo publicaron, cada uno por su lado, sus descubrimientos comprobando la tesis heliocéntrica y desatando la revolución copernicana; la de 1858, cuando Darwin anunció la teoría de la evolución, o la de 1900, que vio nacer dos decisivas revoluciones del pensamiento: Freud publicó La Interpretación de los Sueños y Max Planck presentó la hipótesis que dio inicio a la física cuántica. O la oposición Júpiter-Urano de 1492, sin comentarios; la conjunción de 1969, con la llegada del hombre a la Luna; la oposición que veinte años después coincide con la caída del Muro de Berlín...

Los eventos en sincronía con las alineaciones de Júpiter y Urano tienen esta energía arquetípica de inspiración revolucionaria, salto hacia el futuro, ruptura de los esquemas previos, inaudita creatividad. La emoción colectiva se expande en celebración y confianza en la Humanidad; recordemos la alegría

mundial con la caída del Muro o la ola planetaria generada por el festival de Woodstock, apenas tres semanas después del alunizaje.

Júpiter exalta, eleva, corona; Urano, que corresponde al arquetipo de Prometeo, trae a la Tierra el fuego de los dioses, el poder incandescente de la conciencia despierta a la inteligencia cósmica. Juntos, inspiran nuestra genialidad, abren la intuición de futuro, muestran cercano lo que creíamos imposible. El 2007 recibimos de nuevo la prodigiosa generosidad de este encuentro celeste.

Plutón, lejana antena para conectarnos más allá, concentra en su misterio el poder de destruir y la fuerza incontenible del renacer. Porque todas las formas –costumbres, ideas, relaciones, imágenes, instituciones, identificaciones- han de morir como hojas en otoño, para dar paso a las primaveras de la evolución. La energía, una sola, eterna, universal, se transforma sin cesar.

Este embajador de la galaxia está completando sus trece años de tránsito por Sagitario, trece años de intensa transformación del creer y el confiar. El cambio se ha enfocado en la desintegración de la autoridad y credibilidad de las instituciones sagitarianas, aquéllas directamente vinculadas al espíritu: justicia, educación, medicina, política, religión. Sus formas tradicionales, ya cargadas de negatividad, estallan en procesos de demolición y caos indispensables para permitir nuevos nacimientos.

Cada persona vive también sus propias crisis de reciclaje y metamorfosis, según ritmos establecidos en su matriz de sensibilidad arquetípica. Esta matriz, o software metafísico, se refleja en la carta astral del instante en que nació. Las transformaciones plutónicas, profundas, decisivas, se dan en cada vida como cataclismos renovadores –el bien que viene confirmando aquel no hay mal que por bien no venga-, dolorosos procesos de cambio emocional en psicoterapia o relación amorosa, duelos, variadas experiencias de autoconocimiento en que hay que morir para ver la luz.

El 2007, el reloj existencial marca para los nacidos entre 1968 y 1973 la hora plutónica del gran vuelco de conciencia, la crisis iniciática en que los abismos se abren para revelar una nueva identidad.

Pero la alineación que señala nuestro tiempo como un umbral excepcional, una época en que el gusano inesperadamente despierta mariposa, es la conjunción de Plutón con el centro mismo de la Vía Láctea, el corazón de nuestra galaxia, el poder original, el Sol de soles. Se trata de la sintonía fina del espíritu, la activación secreta del germen de civilización iluminada que espera en nuestro interior.

Júpiter llega a esta cita a fines del año, brindándole el esplendor consciente que merece: ánimo colectivo entusiasta y expansivo, nobleza en las decisiones,

abundancia en el sentir. Júpiter y Plutón unidos desatan una dionisiaca celebración de la vida.

El cosmos, naturalmente, continuará desplegando arriba y abajo la perfección de sus procesos y trayectorias evolutivas; siempre hemos llamado destino a esas propuestas del Universo. Pero el Universo propone, y nosotros disponemos: es nuestro libre albedrío quien elige, en cada decisión, si acompañar la energía en su transformación ascendente, evolucionando hacia la conciencia y la unidad, o, una vez más, preferir la locura egocéntrica que daña y separa, involucionando hasta la próxima oportunidad. El estado de nuestra Tierra y nuestra Humanidad nos enfrentan terriblemente con las consecuencias de esa ceguera.

Pero las noticias desde lo invisible son muy alentadoras. La cita cósmica con el centro de la galaxia se sincroniza con un examen kármico para la especie, una prueba definitiva de intención espiritual. ¿Colectivamente, estamos eligiendo crecer a darnos por fin cuenta, o estamos eligiendo seguir matándonos unos a otros con armas, estrés o contaminación en el largo suicidio que ya nos parece normal?

Dice el rumor galáctico que, en contra de muchas predicciones y apuestas extraterrestres que anticipaban para nosotros una segunda Atlántida, sorprendimos a los observadores aprobando el examen a última hora. Con nota mínima, por supuesto, pero eso ya es suficiente. Pareciera que el gran despertar de los años sesenta orientó sólidamente la intención de suficiente número de hombres y mujeres, alcanzándose el porcentaje crítico que inclinó positivamente las balanzas kármicas, señalando una Humanidad con un núcleo consciente de la luz.

Desde mediados de los ochenta, las señales de esta graduación están manifestándose. Primero, el imprevisible desenlace de lo que fue el máximo peligro para la humanidad: una tercera y final guerra mundial por enfrentamiento nuclear de las dos superpotencias; el poderío soviético se disolvió como por arte de magia. Luego, la velocidad con que la conciencia ecológica ha prendido en la emoción colectiva, hasta alcanzar totalidad en las nuevas generaciones. Una garantía contra la otra probable gran catástrofe de destrucción planetaria. Más aún, la difusión universal del desarrollo personal y la autoayuda como necesidades básicas para la salud y realización, junto al creciente número de personas creando estilos de vida independientes, saludables, expresando valores de intimidad, comunidad y responsabilidad planetaria.

Aunque no es fácil disfrutar del salto. El proceso de desintegración de los paradigmas y formas de nuestra civilización oscurece al mundo y lo deja aparentemente sin salida: la muerte se presenta siempre así. Por otro lado, las energías nuevas arribando al planeta son de una intensidad tal que nuestra

sensibilidad casi no puede resistirlas, si no sanamos y depuramos al máximo nuestros canales sutiles. Sanación y limpieza del pasado son las urgencias de la época. No estamos en condiciones, todavía, de percibir maravillados la alborada de una nueva conciencia, la luz con que se está anunciando la Edad de Oro.

Sin embargo, en los momentos cuando aceptamos el proceso, hacemos quietud en nuestra mente y dejamos que el cuerpo se convierta en templo, esa luz comienza a iluminarnos, y al corazón, estallando de gratitud, le crecen alas...



Revista Uno Mismo (204)  
[www.revistaunomismo.cl](http://www.revistaunomismo.cl)  
Diciembre de 2006

Gonzalo Pérez Benavides  
[gonzapb@gmail.com](mailto:gonzapb@gmail.com) - [www.gonzalopez.cl](http://www.gonzalopez.cl)  
Teléfono: (56-2) 273 6039  
Santiago, Chile